

# Los últimos días de la República de derechas

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

DIVULGACIÓN



algaida

**Los últimos días  
de la República  
de derechas**



DIVULGACIÓN

# **Los últimos días de la República de derechas**

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

algaida



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2024

© José Ángel Mañas e Íñigo Palencia Pulido (de las partes indicadas), 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-904-4

Depósito legal: SE. 550-2024

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



## ÍNDICE

Nota del autor .....	9
Introducción .....	11

### Primera parte Octubre 1935

El escándalo del estraperlo.....	15
Otoño en madrid.....	28
El mitin de Azaña .....	44
Las consecuencias del dictamen parlamentario .....	67

### Segunda parte Noviembre 1935

A vueltas con Lerroux.....	83
Compás de espera .....	96
Sombras alargadas.....	109
La estrategia de los sindicatos .....	127
Las tribulaciones de un catalán en Madrid .....	136
Se prepara algo gordo .....	147

Tercera parte  
Diciembre 1935

El robo del año . . . . .	167
El desasosiego . . . . .	181
Las cosas van a cambiar . . . . .	188
Los ministerios . . . . .	198
Apariciones, reparaciones y desapariciones . . . . .	203
Espíritu navideño . . . . .	216
Últimos días del año . . . . .	227

Cuarta parte  
Enero 1936

Un mal principio de año . . . . .	245
Al fin, elecciones . . . . .	259
Movimientos electorales . . . . .	269
Algunos nombres propios . . . . .	280
Prosiguen las estrategias y estratagemas electorales . . . . .	291
Franco y Jorge V . . . . .	304

Quinta parte  
Febrero 1936

Nuevos compases de espera . . . . .	317
Todos en sus puestos . . . . .	328
La campaña electoral . . . . .	338
Todo ha terminado . . . . .	354



## NOTA DEL AUTOR

El origen de este libro fue un folletón que me encargó escribir Pedro J. Ramírez, durante el otoño de 2015 y la primera mitad de 2016, para el diario *El Español*. Estábamos en vísperas del 80 aniversario de la Guerra Civil y la idea era recrear día a día lo que sucedió por aquellas fechas. La respuesta de los lectores fue tan positiva que, casi diez años después, ya en vísperas del 90 aniversario, he considerado que merece la pena publicar el conjunto. Siguiendo el consejo de mi editor Miguel Ángel Matellanes, se hará en tres volúmenes, de los cuales *Los últimos días de la República de derechas* es el primero. Aclararé que los episodios en los que aparece mi abuelo, Pepe Mañas, son anécdotas reales de mi familia. En las partes cuarta y quinta colaboró mi gran amigo y excelente historiador Íñigo Palencia Pulido, quien creó la mitad de los días de enero y siete días de febrero.

Sevilla la Nueva, 4 de abril de 2024







## INTRODUCCIÓN

Había, en las Cortes, cuatrocientos setenta y tres diputados. Las derechas contaban con doscientos once escaños: ciento quince la CEDA, treinta los agrarios, veinte tradicionalistas, quince miembros de Renovación Española, once nacionalistas vascos, dieciocho independientes, un miembro de Falange y otro del Partido Nacionalista Español. El centro sumaba ciento sesenta y un escaños: ciento dos radicales, veinticuatro de la Lliga, dieciocho republicanos conservadores, y el resto, independientes, liberales demócratas y progresistas. La izquierda, a su vez, rondaba el centenar de diputados, de los cuales cincuenta y nueve eran socialistas y diecisiete de Esquerra, los grupos más representativos. La Acción Republicana de Azaña tenía cinco, y los comunistas, uno.

El nuevo jefe del Gobierno, Joaquín Chapaprieta, ya ministro de Hacienda con Lerroux, había anunciado que su gabinete era continuador del anterior y que seguiría con el mismo programa, lo que no causaba ningún entusiasmo. Por lo demás, la continuidad de Gil-Robles en la cartera de Guerra a duras penas satisfacía las aspiraciones de los miembros de la

CEDA, que aguantaban la farsa del nuevo Gobierno radical donde la única novedad era la integración, por primera vez, de un diputado de la Lliga. Poco más puede decirse de este arranque del curso parlamentario donde, fuera de las invectivas recurrentes contra el regionalismo por parte de Royo Villanova, notorio anticatalanista cuya negativa a acceder al traspaso de competencias a la Generalitat había provocado la anterior crisis y su dimisión (sus insultos a la Lliga tenían un sabor tan conocido que no suscitaron sino la indiferencia general), lo único novedoso era que Calvo Sotelo hubiese aprovechado la sesión de inauguración de las Cortes para dirigirle a la presidencia de la República el ataque más directo que se le había lanzado hasta la fecha.

Y es que empezaba a ser complicado el llevar cuenta de las crisis gubernamentales en los últimos dos años. ¿Cuántas eran?, ¿trece?, ¿catorce? ¿Y los ministros?, ¿sesenta?, ¿setenta? Algunas carteras habían pasado por treinta manos. Ciertos titulares ocuparon hasta cuatro veces la misma. Y en medio de todo este baile, don Niceto Alcalá-Zamora, el presidente y supuesto poder moderador de la República, como denunciaba Calvo Sotelo, no había dejado en todo aquel tiempo de salirse totalmente de su jurisdicción a través de las incesantes notas públicas con que explicaba en la prensa qué se había de hacer y por qué, rompiendo con su pretendida neutralidad e interfiriendo gravemente en el normal funcionamiento de la Cámara.


Así están las cosas en octubre de 1935, cuando arranca nuestro relato.

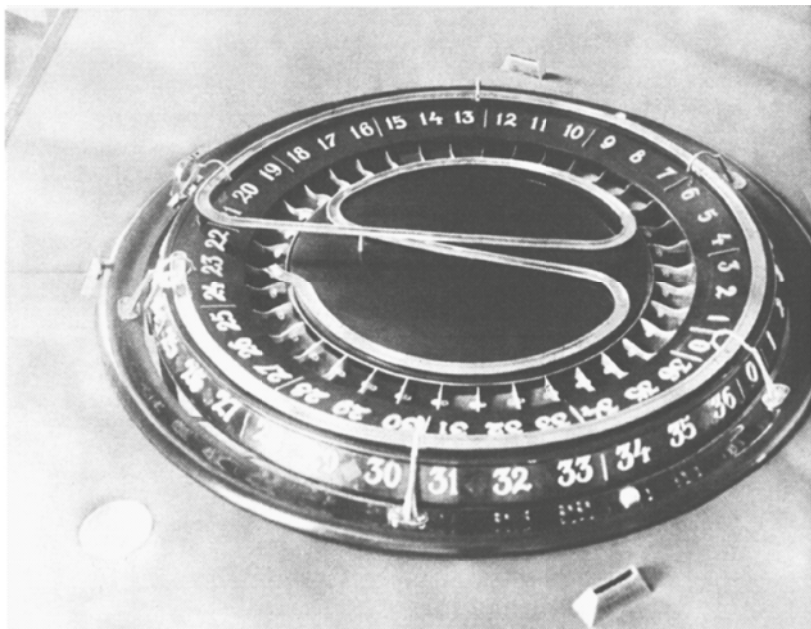


PRIMERA PARTE  
OCTUBRE 1935

*ESTRAPERLO. m. fam. Precio excesivo que se aplica clandestinamente a artículos o servicios sujetos a tasa. //fam. Chanchullo, intriga.*

*Diccionario ideológico,  
Julio Casares*





Este es, señores y señores, el famoso «Straperlo». Admírenlo bien. Y, sobre todo, ¡mómanlo!

# La vida íntima de DANIEL STRAUSS

**Q**UIÉN es Daniel Strauss? Concretamente, nadie ha respondido a esta pregunta. Daniel Strauss, judío alemán, nacionalizado en México y en Holanda, tiene señalada por varios países de Europa y América una ruta de organizador de espectáculos distintos, fiestas, reuniones de boxeo, concursos... Ha intervenido también en espectáculos teatrales y en la producción de algún film. Buena parte de su actividad se ha desplegado en México y ha vivido o viajado mucho por los Estados Unidos. Naturaleza fuerte, musculatura recia, tiene aspecto de *bon vivant* y de pocos escrúpulos. Y ese atractivo especial que poseen algunas personas y que, para ciertos espíritus, es un arma terrible.

Cuando Daniel Strauss llega a Barcelona hay en él un solo propósito, una sola meta. Y para conseguirla, para lograrla, se desdobra en dos personalidades distintas. Una, la afable, la simpática, la que ha de rodearte de un ambiente de cordialidad y hasta de honestidad.

Otra: la del hombre que persigue un negocio bien calculado, que se oculta en la sombra, que intriga.

Para conseguir lo primero se rotea de un fausto principesco, da propinas de cinco duros, y sobre la mesa de su despacho hay siempre abiertas unas cajas de cigarros puros y unas botellas de coñac. Para lo segundo, liga hábilmente un proyecto a otro proyecto, hace valer sus títulos improvisados y logra codearse con personalidades representativas en los negocios y en la política. La aproximación sólo circunstancial a un personaje le sirve para acercarse a otro con estas palabras:

—Acabo de hablar con Fulano de Tal...

• • •

Durante el otoño de 1931, las letras luminosas de uno de los teatros barceloneses se encendieron para anunciar con caracteres monumentales el nombre de la *vedette* Margarita del Castillo.

El público de Barcelona parpadó sorprendido ante los rayos verdes del anuncio, preguntándose cuáles eran el origen y los éxitos de aquella nueva estrella del género frívolo, de la que hasta entonces no tuvo la menor noticia.

Margarita del Castillo, belleza morena, muy llamativa, era una auténtica *vedette*. Apenas cantaba y apenas bailaba; pero su presencia frente a las baterías llenaba la escena y producía, en las localidades altas, ese murmullo de aprobación que subraya la presencia en el escenario de algo muy satisfactorio para los espectadores. Era, pues, una auténtica *vedette*. Pronto su fotografía ilustró las páginas de los periódicos y diarios barceloneses, y en su torno se formó una corte de admiradores. Sin que llegara a proligarse, la Prensa publicó elogios de la nueva *vedette* mejicana, y en las entrevistas se enumeraron sus joyas fastuosas, se citó su magnífico coche y el buen gusto con que estaba decorado su cuarto del Hotel Colón.

Sólomente dejó de quedar claro el porqué

## EL ESCÁNDALO DEL ESTRAPERLO

Lunes, 7 de octubre de 1935

Joaquín Chapaprieta visita a Alejandro Lerroux

---

—Déjeme aquí mismo. Vuelvo en media hora.

El conductor descendió para abrirle la puerta trasera al pasajero. Este se apresuró por la acera hasta la entrada de cierto «hotelito» en el arranque de la calle O'Donnell. Un par de miembros de la Guardia de Asalto le cortaron el paso. El recién llegado dijo: «Soy el jefe del Gobierno. Vengo a ver al señor Lerroux». Le abrieron la verja y Joaquín Chapaprieta, con el paso pesado y poco elegante, cruzó los metros que lo separaban de la casa. Llamó con la aldaba de bronce dorado. Todavía repitió un par de veces el gesto, algo más fuerte, antes de que se oyeran pasos dentro y le abriese la criada. Al poco, quien bajó fue la señora de Lerroux, encogida, envuelta en su bata. Aquella sesentona entrada en carnes, de mirada apagada y pelo rizado y cano, corto para disimular que raleaba, no pareció entusiasmada con la visita.

—Lo siento. Necesito hablar urgentemente con su marido.

La mujer, con su acento francés, le rogó que esperase. Chapaprieta quedó en el recibidor, sombrero en mano. Ella desapareció escaleras arriba. Al poco, reapareció para indicarle que subiera. Chapaprieta lo hizo. En el rellano, ella le señaló una puerta entreabierta por la cual salía algo de luz. Chapaprieta la empujó.

—Siéntese, por favor, don Joaquín.

El jefe radical, en batín y pijama, le tendió la mano. Junto a la cama había dos sillas a uno y otro lado de una mesita. Alejandro Lerroux ocupó una, indicándole la otra. Se había calzado unas babuchas, puesto los quevedos. La cama había sido rehecha momentáneamente y en la mesilla de noche se veía un vaso de agua. El pijama resaltaba su edad y lo fragilizaba. Vestido de americana, con el pañuelo bordado asomando por el bolsillo y ese ojo burlón con que los observaba a todos, después de treinta años en las Cortes, el Viejo León todavía tenía una presencia digna y su tono, entre irónico y astuto, demostraba que aún le quedaba cuerda para rato. Sin la coraza del traje, no obstante, se transformaba en lo que era: un septuagenario que se retiraba a casa a las nueve y se acostaba invariablemente a las once, cuidando de respetar la rutina. Ya no era tan amigo de las largas sobremesas, las cenas y los puros.

—Pues usted me dirá —dijo.

El Viejo León despreciaba a su visitante. No podía haber personalidades más opuestas: Chapaprieta era ante todo un estudioso, un tecnócrata de su tiempo, y Lerroux, un temperamento apasionado y romántico como los que se daban en el siglo pasado, cuya visceralidad lo había llevado, con la edad, a enfrentarse con los adalides de la nueva revolución y especialmente los socialistas.

—Bueno —a Joaquín Chapaprieta le costaba arrancar—. Como imaginará, vengo del domicilio del presidente de la República, con quien despacho cada noche. Hoy, tras haber co-

mentado la guerra italoetiope, hemos pasado a otros temas. Me ha hablado con gran preocupación de cierta denuncia que le ha llegado y que al parecer le concierne a usted personalmente...

—Supongo que se refiere usted a la denuncia del señor Strauss —intervino Lerroux, con voz ronca y fuerte. Un resoplido indignado removi6 sus bigotes blancos encrespados. Su cráneo reluciente reflejaba la luz de la lamparilla. La mirada viva detr6s de sus quevedos adquiri6 un aire de desaf6o que desconcert6 a Chapaprieta.

Don Joaqu6n, el hombre, balbuce6 que aquello podr6a salpicar al Partido Radical. Ello ser6a malo para el Gobierno, y por eso le hab6a parecido pertinente ponerle al tanto.

—Por supuesto que estoy al corriente. Yo mismo recib6 en su momento una copia de esa denuncia, que naturalmente ignor6. Se trata de un chantaje inaceptable por algo que de todas maneras no se puede demostrar. A mi edad, don Joaqu6n, las he visto de todos los colores. ¿O no pensar6 que, con mis a6os de experiencia, la idea de un escandalillo del tres al cuarto iba a ponerme a temblar? —exclam6 Lerroux, perfectamente tranquilo.

**Martes, 8 de octubre de 1935**

**La denuncia Strauss**

---

La carta ten6a a la derecha el remite («Daniel Strauss. Costd-ninlaan, 24. La Haya, Holanda»), la fecha («Septiembre 5 de 1935») y a la izquierda el encabezamiento («Su excelencia se6or Alcal6-Zamora, presidente de la Rep6blica de Espa6a. Madrid Espa6a»). Estaba mecanografiada. El texto, en un buen castellano, dec6a:



---

Muy señor mío:

Adjunto le mando a usted copia de una documentación, pudiendo usted ver de qué se trata. Me dirijo a usted, señor presidente, como jefe del Gobierno español, para que usted tenga la bondad de ver que se me haga justicia. Durante mi estancia en España fui, como usted lo verá por la documentación adjunta, engañado, al grado que estoy casi arruinado. Los personajes que intervinieron en este asunto, así como el Gobierno mismo, son responsables de este asunto tan escandaloso.

Yo quisiera evitar un escándalo muy grande, y por lo mismo le estimaré mucho tenga la bondad de ayudarme en este asunto, pues no se trata de negocios con personas particulares, sino con personajes del Gobierno español, así como con el Gobierno español mismo como lo verá usted por la documentación adjunta. Yo no soy español, y había pensado presentar todo este asunto al Juzgado y al Parlamento español; pero quisiera evitar todo esto, mientras no me diga usted si me puede ayudar o no.

Espero, señor presidente, que tenga usted la bondad de tomar este asunto en sus manos, y tengo la seguridad que usted verá que se me haga justicia y se me devuelva, cuando menos, una parte de lo que me ha costado este asunto.

Agradeceré su pronta contestación, y anticipando mis gracias queda de usted suyo afectísimo, seguro servidor,

Daniel Strauss

---

Entre la pila de documentos que la acompañaban había contratos, artículos de *El Socialista* resumiendo la autorización y desautorización de cierto juego de ruleta rusa, cartas cruzadas entre los señores Strauss y diversos funcionarios, copias fotográficas del conforme de un ministro, más documentación epistolar con sus correspondientes traducciones, facturas, telegramas y hasta copias de cheques donde aparecían nombres conocidos entre los que destacaba, resaltado con mayúsculas, el apellido Lerroux. Eso sí, asociado al nombre de Aurelio, sobrino y ahijado de don Alejandro.

Sin dejar de reflexionar, don Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República, volvió a colocar todo en su sitio. Don Alejandro había sido un aliado valioso de los republicanos durante su lucha contra Alfonso XIII. Fue quien encabezó la agitación y redactó la mayoría de los manifiestos, gracias a su facilidad innata de polemista. Y también, por su conocimiento del régimen y su relación con importantes personalidades del mismo, incluyendo al general Mola, entonces cabeza de la Dirección de Seguridad, quien aplacó muchas ínfulas revolucionarias y medió con el *statu quo*. Lerroux recondujo un movimiento conspirativo que, debido a la precipitación de los capitanes Galán y García Hernández en su intento fallido de sublevación en Jaca, se enfangó. Ese había sido su servicio más importante a la conspiración republicana en un momento en el cual casi todos los demás miembros del Comité Revolucionario, los firmantes el Pacto de San Sebastián, incluyendo al católico Alcalá-Zamora, seguían en la cárcel.

Desde que tomaron el poder, sin embargo, la presencia del Viejo León en las instituciones estaba siendo un problema debido a las dudas que suscitaba su gestión siempre muy personalizada de las cosas. Don Niceto todavía recordaba las bromas que se hacían en los corrillos políticos, durante el Gobier-

no Provisional, cuando se le dio a Lerroux la cartera de Estado y no la de Justicia como pedía, porque, se dijo, vendería las sentencias de los tribunales. Sin duda, su gestión política estaba llena de favores a personajes con quienes mantenía unos vínculos que a lo largo de casi treinta años de vida pública eran muchos y muy variados. Pero de ahí a...

El asunto era peliagudo y don Niceto no sabía muy bien cómo enfocarlo.

Al cabo, descolgó el auricular del teléfono que reposaba sobre el amplio escritorio de su despacho y pidió que le pusieran en comunicación con el hotel Palace, donde se alojaba don Manuel Portela Valladares. Unos momentos después ya tenía al otro lado de la línea a su hombre de confianza en los últimos tiempos.

Don Niceto le explicó todo en pocas palabras (las mínimas que necesitaba su torrencial elocuencia), antes de terminar pidiendo, con cierta sinuosidad, su opinión sobre el tema. Su confidente guardó silencio al otro lado de la línea.

—Vamos a esperar a ver qué pasa mañana en el banquete —dijo.

Los dos sabían que tenían una bomba entre las manos.

**Miércoles, 9 de octubre de 1935**

**El banquete de desagravio a Lerroux**

---

La foto en blanco y negro está tomada justo antes del banquete. En ella aparecen una treintena de diputados, de ciento ochenta que asistieron. El fotógrafo, Alfonso, los juntó al pie de las escaleras del Ritz, aprovechando los peldaños para formar cuatro hileras de señores bien trajeados. Entre los de arri-

ba veo mucho desconocido. Pero los de la primera fila son los grandes capitostes y están sentados en butacas: un bonito cojín asoma bajo sus posaderas.

José María Gil-Robles, tercero por la izquierda, tiene una pierna inclinada de manera que un pie reposa sobre el otro. Erguido y hierático, da sensación de elegancia en el ademán, con los brazos bien apoyados el sillón. A su derecha, De Pablo-Blanco y Luis Lucía, también de la CEDA, parecen aburridos.

Compartiendo el centro de la imagen, Santiago Alba y Alejandro Lerroux, los radicales históricos, tienen las manos cogidas en el regazo y la expresión de fastidio de quien ha asistido a centenares de banquetes. Más a la izquierda, a Joaquín Chapaprieta lo han fotografiado en un momento en que cierra los ojos: parece como si sesteara. Y Juan José Rocha, el último de la fila, mira muy serio a la cámara.

—Un momentito, por favor. ¡Ya está!

Saltó el fogonazo y los políticos volvieron a relajarse y a hablar *sottovoce*.

El motivo del banquete era desagraviar a don Alejandro por su reciente destitución como presidente del Consejo de ministros. Por eso había que hacer el paripé. Había que manifestarle fidelidad y escenificar la unidad de los radicales. Y de paso visualizar que el bloque gubernamental no se resquebrajaba. Porque aunque nadie se atreviera a mencionarlo, el escándalo ya estaba en boca de todos, y eso no dejaba de preocupar a la mayoría de los políticos, ya según pasaban al comedor donde esperaban los compañeros y donde se fueron sentando en sus sillas.

La presidencia la ocupó Lerroux. Junto a él estaban Chapaprieta y Alba y, en lugares destacados, los ministros y Gil-Robles, el encargado de pronunciar el discurso, cosa que

hizo cuando llegó el momento y los asistentes guardaron un silencio respetuoso.

—Este acto, que desde luego no va contra nadie —dijo—, lo que reafirma es la indudable voluntad del bloque ministerial de persistir en su unidad y su trabajo...

Todo, en Gil-Robles, respiraba seriedad y conservadurismo. Era el único hijo de un abogado salmantino de quien había heredado la pasión por el trabajo y el orden. Aunque no destacara físicamente —de estatura mediana, se le notaba una creciente adiposidad bajo el chaleco, tenía los hombros caídos y, como buena parte de los líderes españoles, pelo escaso—, quizá su rasgo más característico fuese esa mirada que demostraba una falta absoluta de sentido del humor y mucha suspicacia. Sus ojos a menudo parecían meditar cosas distantes, pero hoy procuraban ser cordiales. Por lo demás, el físico lo compensaba con un gesto que denotaba conciencia de poder y que, por eso mismo, imponía respeto.

—Por mucho que nuestros enemigos pretendan lo contrario, es necesario mostrar que el programa de nuestro bloque radical-cedista no está agotado, y que hay Gobierno para rato —alzó la copa para brindar con el jefe de los radicales—. Don Alejandro, es fácil incurrir en errores y flaquezas. Y quizá la historia nos señale pecados, pero estos son perdonados cuando se ha amado mucho. De modo que a don Alejandro Lerroux, porque ha amado mucho a España, y por eso España le venera y admira...

Gil-Robles se mostraba más afectuoso de lo normal: era consciente de que no era momento de parecer reservón. Sabía que una parte de los radicales quería romper el bloque gubernamental.

Por su parte, Lerroux, el Viejo León, agradeció sus palabras y se centró en su gran obsesión política, el ensanchamiento de la base de la República.

—Siempre dije que la pequeñez de la masa republicana es para mí una realidad palpable, y también el mayor peligro del régimen. Es menester ensancharla, porque sin esa masa neutra que nos dio el triunfo en las elecciones de abril del 31, la República no existiría; y tampoco, si los votantes se espantan, durará mucho. Yo, que entonces me sentí ligado y obligado a esos hombres neutrales, les brindo hoy el homenaje de mi lealtad. Hombres que no son de mi carne, ni de mi sangre o mi espíritu, pero de los que no he tenido que lamentar lo que he lamentado de otros hombres de mi sangre, de mi carne y mi espíritu —exclamó, puesto en pie y con la copa de champán en alto.

Hubo largos aplausos radicales y también, más tibios, de la CEDA.

**Jueves, 10 de octubre de 1935**

**Alcalá-Zamora la lía**

---

El Consejo fue convocado a primera hora en palacio. Allí acudieron todos en automóvil, para reunirse bajo la presidencia de don Niceto.

El presidente de la República aguantó sin intervenir durante el trámite ordinario. Tras los recortes impuestos por la ley de Restricciones, eran ahora nueve ministros. Daba la impresión de que faltase alguien. Alcalá-Zamora, en la cabecera de la mesa, en su sillón, tenía bajo la mano diestra un legajo de expedientes, y al alcance de la otra una bandeja con bombones y caramelitos que de vez en cuando acariciaba o se metía en la boca o guardaba en el bolsillo de la americana. A su derecha, Chapaprieta y Gil-Robles, y a la izquierda, Lerroux. Todos notaban que al presidente le rondaba algo por la cabeza. Estaba

deseando tomar la palabra y lo hizo en cuanto Chapaprieta concluyó el despacho ordinario.

—Después firmaremos, don Joaquín —indicó, con su característico acento andaluz—, porque ahora deseo decirles a todos cuatro palabras... He de confesar que el banquete del bloque parlamentario de ayer me ha herido profundamente. Y no solo por su significación de agravio contra mi potestad de formar el Gobierno que yo considere más adecuado para la nación, sino en lo personal, por las manifestaciones que en él se han producido. Por eso yo les pedí que no se celebrara en primer lugar, pero en fin... Yo le felicito, don Alejandro, por su elocuencia, como también lo hice anoche por teléfono, apenas fui informado por el actual presidente del Consejo —se volvió con mal gesto hacia Chapaprieta—. Solo que la transcripción que he leído en la prensa, en especial de las palabras pronunciadas sobre mí, no responden precisamente a la descripción que se me hizo...

Joaquín Chapaprieta se encogía en su sillón. Era eso y aguantar, o dimitir. Él había hablado la víspera con el presidente. Le había resaltado que nadie daba demasiada importancia a las palabras de Lerroux. Pero don Niceto, encarándose con Gil-Robles, aprovechó para recordarle la inoperancia de su grupo y su escaso compromiso con la República. Y antes de que pudiera contestar nadie, el anciano presidente se volvió con ojos centelleantes hacia Lerroux. Tras engullir un nuevo bombón, le espetó, junto con algo de saliva y chocolate:

—Don Alejandro, también yo sé distinguir «entre el hombre y el cargo», y «entre la persona y la jerarquía» —citó textualmente las palabras pronunciadas en aquel colofón ligeramente envenenado que había cerrado el acto del Ritz—. Yo agradezco mucho toda consideración personal y procuro merecerla, para que las debidas a la jerarquía estén bien coloca-

das y enaltecidas. Pero no las confundo. Por eso, en las sobremesas familiares suelo decir a mis hijos: «No os envanezcáis sino de vuestros actos y, si alguna vez recordáis que sois hijos de quien ocupó en España el puesto más elevado, no os vanagloriéis sino de que vuestro padre salió de todos los cargos con la conciencia limpia y la frente alta...» —concluyó, consiguiendo que Lerroux enrojeciese hasta las orejas.

Luego se levantó y abandonó la sala para no dar lugar a réplica, como era su costumbre.

**Viernes, 11 de octubre de 1935**

**Chapaprieta y su señora**

---

—¿Qué es lo que te preocupa, Joaquín? Y no me digas que no es nada. Hoy has llegado más tarde que nunca. Son las once y media, ¿te has quedado todo este tiempo en casa de don Niceto? ¿Es todavía el asunto del banquete de Lerroux y la bronca en el Consejo?

El matrimonio susurraba en la cama, antes de apagar la luz, según era su costumbre.

—Así es —asintió Chapaprieta—. Don Alejandro está tan ofendido que ha roto todos los puentes. Don Niceto tuvo una falta de tacto absoluto al rematar su intervención mencionando a Portela y haciendo su panegírico. Dice que, pese a su edad, tiene todavía mucho porvenir. Portela es su favorito, y Gil-Robles y don Alejandro están convencidos de que me va a sustituir. El ambiente en el Gobierno no puede ser peor. Don Alejandro cree que su ruptura con el presidente es pública e irremediable. No hace más que repetir que la República va a fracasar, porque la pilota un demente. Y don Niceto me acaba



de notificar que quiere transmitir al Gobierno una denuncia que se le ha dirigido...

—¿Lo del estraperlo? En todo Madrid no se habla de otra cosa.

—Eso traerá cola —Chapaprieta se removió en la cama—. Al presidente le ha llegado una segunda carta, esta vez del abogado del señor Strauss, en la que ruega que, puesto que al parecer no nos interesan los documentos enviados, le sean devueltos. Yo no soy partidario de contestar. Pero don Niceto argumenta que no es lo mismo que la carta original. Dice que esta vez escribe un abogado. Dice que ha reflexionado y que no puede ni debe hacer otra cosa que poner los papeles en manos del Gobierno. Le he reiterado mi opinión de que el presidente de la República no debe servir de intermediario entre un denunciante y los tribunales. Pero don Niceto no se da por convencido y, como yo le insistía en que debo dar cuenta por lo menos al señor Gil-Robles, me ha preguntado si no tenía inconveniente en que él, en mi presencia, hable personalmente con él. De modo que esta noche, en su casa, nos ha leído a ambos la denuncia y mostrado los documentos...

—Es su venganza por la afrenta del banquete.

—El presidente se aferra a la estricta doctrina constitucional e insiste en que debe poner en manos del Gobierno todo documento que llegue a su poder relativo a los negocios públicos. La teoría es inatacable en el terreno donde él la coloca. Claro que, políticamente, resulta que los denunciados son todos del Partido Radical y aparece especialmente destacado el sobrino de don Alejandro, don Aurelio. Con lo cual, cuando se haga pública la denuncia, la permanencia en el Gobierno de don Alejandro será imposible... Pero, como don Niceto se muestra tan decidido, me veo obligado a enviarla a los tribu-

nales. Si el Gobierno se negarse a recibir de manos del presidente papeles en que se denuncian uno o varios delitos, parecería que estamos encubriéndolos.

—¿Y qué dice Gil-Robles?

—Piensa que no hay más remedio que aceptar y examinar las posibles consecuencias para el bloque gubernamental. Cuando se lo ha dicho a don Niceto, este ha explicado que no piensa de ninguna manera encargar la formación de un nuevo gobierno a Santiago Alba, por su cercanía con don Alejandro. Y ha lisonjeado a don José María, augurándole las más brillantes posiciones políticas si, dada su juventud, sabe esperar con paciencia. Pero ha vuelto a insistir en que, visto lo ocurrido con los socialistas en la revolución de Asturias, sería precipitado que la CEDA se hiciera con el poder, que es lo que don José María pretende desde hace meses.

—Entonces, ¿vas a tramitar la denuncia?

—Me temo que, dada la insistencia de don Niceto, resulta imposible no hacerlo —concluyó Chapaprieta.

Y apagando la luz de la mesilla de noche, volvió la espalda a su mujer para respirar con profundidad y procurar conciliar el sueño.



## II

# OTOÑO EN MADRID

**Sábado, 12 de octubre de 1935**

**Una ciudad de tenderos y funcionarios**

---

Así la consideraba Josep Pla, corresponsal de *La veu de Catalunya* en Madrid. Y además villa de recreo de los terratenientes andaluces, que alternaban acá con la corte. A fin de cuentas, Madrid fue un capricho de Felipe II, quien, una vez emplazado su monasterio en El Escorial, no tuvo problemas en asentar la corte en la localidad más próxima. Y consecuentemente a mediados del siglo dieciséis, pasó de ser un villorrio a capital de un imperio, que pronto sería decadente, pero imperio a fin de cuentas.

Eso explicaba su poca solera. ¡Qué pobreza, comparado con París o con cualquier capital europea! En general, una capital era la cristalización arquitectónica de un esfuerzo histórico imperial: Roma, Londres, París, Viena. Pero ¿Madrid? Cuando se paseaba la mirada por sus despoblados alrededores, parecía mentira que hubiese sido el centro del primer imperio de los tiempos modernos. ¿Dónde fue a parar la riqueza

za? Si había llegado —y, visto el presente, se llegaba a dudar— resultaba evidente que pasó como por encima de un puente, rumbo a las ciudades italianas y alemanas de los Fugger y demás banqueros.

Toledo, en cambio, tenía raigambre. Si se hubiera asentado allí la capitalidad, al menos habría raíces. Pero Madrid... Pla meneó la cabeza. Estaba el barrio de los Austrias, en torno a palacio y a la plaza Mayor, el barrio de las Fortunatas y las Jacintas, claro. Y los arrabales del Manzanares, donde un paseante barojiano podía codearse con el pueblo zafio, ruidoso e insolente de Arniches y la zarzuela. ¿Pero el resto? En Sol y Alcalá lo único interesante para el contribuyente era ver desfilar disciplinadamente a los funcionarios a primera hora, camino de los ministerios. La zona era tan impersonal como cualquier ciudad moderna. No tenía sabor propio. ¿Y la Gran Vía? Aquello aspiraba a ser Nueva York. Demasiado funcional, sentenció.

Lo único que se salvaba era esa avenida que formaban Recoletos y el paseo del Prado, donde permanecía ahora mismo, en un banco encarado con una fuente, a la sombra de una acacia a la altura de la calle de Zorrilla, el punto más cercano a su domicilio en Marqués de Cubas. Una zona, había escrito alguna vez, «prodigiosamente agradable», con un atractivo único. En sus arboladas avenidas había algo que merecía la pena. Aquel magnífico ensanche que se prolongaba en el paseo de Castellana, con gigantescos plátanos y bordeada de hotelitos a la francesa, era la única vía madrileña donde convivían peatones, coches y tranvías sin molestarse. Si se hacía abstracción del palacio de Comunicaciones —paragüero de mal gusto—, uno podía pasear calle arriba y calle abajo, descansando en sus bancos para liarse algún que otro pitillo bucólico.

Hoy, día de la Raza, la zona estaba especialmente animada. Frente a presidencia de Gobierno, más arriba —aquel pobretón palacio de fachada de ladrillos— habían colocado un palco donde hablaría el presidente de la República, a quien por cierto ya había visto pasar en un coche oficial conversando con José María Gil-Robles: un detalle que anotó mentalmente para consignar en su crónica.

Entre los actos conmemorativos figuraba un desfile militar previsto para las once menos cuarto. Entonces don Niceto Alcalá-Zamora y su ministro de la Guerra pasarían revista a las fuerzas de la guarnición ya formadas en el tramo comprendido desde la confluencia de Lista y Marqués de Riscal hasta Nuevos Ministerios. Se decía que los soldados esta vez llevarían cascos decentes, y no era la única novedad. También se habían comprado prototipos de aviones, artillería pesada, material antiáereo e incrementado la fabricación de cañones, fusiles y stocks de municiones. Todo por renovar ese ejército al que Azaña como ministro de la Guerra había dejado voluntariamente en cuadro. Pero el conflicto italo-etíope y la posibilidad de una inminente guerra en el Mediterráneo, llevaban al ministro de Hacienda a hacer esfuerzos notables por conceder partidas extraordinarias que se financiarían a base de los ahorros logrados con la controvertida ley de Restricciones. «Veremos dónde acaba todo esto», murmuró, mientras alguien se sentaba a su lado en el banco.

—*Bon dia, Josep.*

Era Adi, su compañera sentimental, que bajaba a encontrarse con él. El sol, alto en el cielo, se filtraba entre las hojas cada vez menos verdes pero aún firmes en las ramas que prácticamente impedían ver los edificios de la acera de enfrente. La luz era lo mejor de Castilla. Luz pura de tierra alta, de aire seco, de diafanidad cristalina...

—Tengo la información que la secretaria del señor Cambó quedó en entregarnos —dijo la rubia Adi, sacando unos papeles—, y me temo que tiene que ver con el escándalo del que todos hablan.

# HERALDO DE MADRID

Red. y Talleres, Marqués de Cubas, 7

Sábado 12 de octubre de 1935

EDICION DE LA NOCHE

## Con gran brillantez se ha celebrado la fiesta de la Raza Este año ha constituido, además, un homenaje al Ejército

A las diez y media de la mañana tuvo lugar ante el monumento a Colón, en la plaza que lleva el nombre del almirante, el acto conmemorativo del descubrimiento de América.

El monumento, como de costumbre, estaba adornado con las banderas nacionales y los escudos de las Repúblicas hispanoamericanas. Daban guardia de honor los exploradores y fuerzas de la Guardia municipal con uniforme de gala.

La esplendor del día contribuyó a la brillantez del acto, al que concurrió numeroso público. Los niños de las escuelas públicas asistieron a la ceremonia ocupando los lugares de la plaza cercanos adonde éste se celebraba.

Al pie del monumento se había colocado la plaza de la República de El Salvador, a quien ha correspondido este año la ofrenda, cubierta con la bandera nacional.

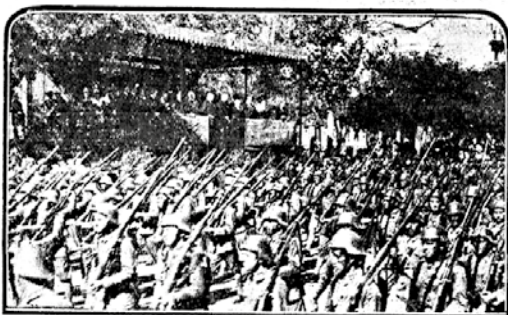
En la tribuna colocada al efecto formaron la presidencia, bajo mazas, el alcalde de Madrid, Sr. Salazar Alonso; el ministro de Marina, señor Bahola; ministro de El Salvador, Sr. Contreras; ministro del Perú, Sr. Osmu; subsecretario de Estado, Sr. Aguinaga, y primer teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid, Sr. Verdes Montenegro.

Asistieron en representación de las Repúblicas americanas el ministro de Panamá, Sr. Lasso de la Vega; ministro de Santo Domingo, Sr. Tolentino; cónsul general de Santo Domingo, Sr. Olozaga; consejero del Brasil, Sr. Piñeiro; ministro de Venezuela, consejero de Méjico, cónsul del Paraguay, Sr. García de la Plaza; cónsul de Costa Rica, decano del Cuerpo cónsular, Sr. Trauman; ministro consejero de Cuba, Sr. Pichardo; cónsul de Cuba e introductor de embajadores, Sr. López Lago.

El acto comenzó por la lectura de un discurso por el ministro de El Salvador, en el que dijo que si, guardando el orden alfabético no había

ofrenda, El Salvador, para honrarse a sí mismo y honrar la memoria de Colón, quiso hace años que encerrara el símbolo del hombre que borró con la quilla de las tres carabelas el «non

de servir para que escribamos los capítulos de nuestra historia con el mismo espíritu. Pasaron los días de gloria, de heroicidad y de sueños feroces. Hoy la vida es dura, amarga y pesa; sin fe los navegantes, só-



El desfile militar ante la tribuna de la presidencia. Un aspecto de la infantería con los nuevos cascos de acero

(Foto Díaz Casariego.)

plus ultra» de las columnas de Hércules. El Salvador ha colocado bajo el pórtico del Palacio nacional de la avenida de España las figuras simbólicas de Colón e Isabel la Católica, y aquí vengo a hacer la ofrenda en nombre de este fruto de la tierra hispana que germinó en el trópico y ha sazonado en el inmenso continente con la savia del árbol de la raza. Bien la fiesta de la Raza, que conmemora un hecho glorioso que produjo el genio de un pueblo que se superó a sí mismo en el empeño de dar, crear y edificar la hermandad de sangre, de espíritu, de idioma, de veinte nacionalidades distintas que forman una sola verdadera, si ha

lo buscan hoy el vellocino de oro y no las nobles ambiciones antiguas. La fe del gran almirante nunca conoció imposibles. Te saludo porque llevaste a América hombres de hierro que convirtieron los buques en ciudades. Cambiaste el idioma de Castilla por el oro puro de nuestras minas sin sospechar que en el cambio tú salías pobre y América gananciosa.

Terminó haciendo una invocación a la raza.

**VISADO POR  
LA CENSURA**

Domingo, 13 de octubre de 1935

Todos somos republicanos

---

—Veinte en bastos, Pepe. Hoy tengo suerte. Estás despistado. Roba, anda, hijo, pero te veo pensativo...

—Me preocupa lo que sucede últimamente, padre.

—Si es lo que te cuenta tu amigo Ángel Navarrete, ten cuidado con él y con todos los sindicalistas. Esos quieren la revolución social. Y, cuando llegue, Dios nos asista.

Los dos Mañas, padre e hijo, jugaban a las cartas, como hacían a menudo, en su casa de Carabanchel.

—¿Usted cuándo se hizo republicano, padre?

—¿A qué viene la pregunta, Pepe?

—Me interesa la política, bien lo sabe usted.

—Pues cuando firmaron el manifiesto contra la monarquía Ortega, Marañón y Pérez Ayala, los de la Agrupación al Servicio de la República. Lo leímos en el café. Yo fui de los muchos que pensó, si estos señores ya han decidido que esto es insostenible, es que es insostenible...

Aquel texto, hoy clásico, venía a decir que el grave momento de crisis obligaba a los firmantes a salirse de sus profesiones para ponerse al servicio de la necesidad pública. Que el Estado tradicional había llegado al último grado de descomposición debido a sus propios vicios; que la monarquía no era más que una asociación de grupos particulares parasitando el organismo colectivo y que por eso se iba quedando sola y habría que sustituirla. Y que como el rey solo se rendiría ante una formidable presión pública, ellos tomaban la iniciativa de movilizar la intelectualidad para formar un primer contingente de republicanos que actuaran sobre el resto del cuerpo nacional y preparasen el triunfo de la República en unas elecciones constituyentes. Además, no muchos meses antes, Ortega

publicó su famoso artículo «*Delenda est Monarchia*», en *El Sol*. Con él dio un golpe casi de gracia a la institución monárquica.

—¿Y así fue? —preguntó mi abuelo—. ¿De un día a otro se hizo usted republicano?

—No fui yo solo, Pepe. Fue todo el país. La dictadura de Primo de Rivera abrió el camino. Su régimen hizo parecer odioso al rey. Aunque luego, con Berenguer y la dictablanda, se intentó volver al constitucionalismo, era difícil salvar su imagen y casi imposible contener el movimiento. La rebelión de Galán y García Hernández en Jaca fue solo la punta del iceberg. Pese a que el alzamiento fue sofocado, el espíritu de rebeldía latía en todas partes. Tú mismo viste que había una verdadera manifestación de automóbiles a las puertas de la cárcel Modelo. La gente llegaba de todas partes. Todos querían estrechar la mano de los presos políticos. Estaba ahí el Comité Revolucionario al pleno. Hasta Alcalá-Zamora, al que detuvieron al salir de misa. Todos, no solo los jóvenes, nos dábamos cuenta de que la monarquía estaba agotada. La gente de tu edad estuvo alimentada con demasiada literatura rusa, que en buena hora se tradujo. En muchas familias burguesas, monárquicas de toda la vida, los hijos militaban no ya en el republicanismo, sino en el socialismo o incluso el comunismo. Mira tu propia biblioteca, Pepe: tienes libros a los que no llega la Censura, que es el arma más potente del Gobierno. Con esas lecturas se adquiere un espíritu incompatible con cualquier Gobierno que pueda ofrecer el régimen monárquico, por muy democrático que intente ser, y por muchos malabares que hiciesen Romanones y compañía. Visto como estaba el patio, la monarquía no podía subsistir. Ni siquiera hizo falta la violencia para que cayera. Se fue ella misma. La echaron las tertulias. Ya sabes que en Madrid los problemas se resuelven alrededor



de una mesa de café, entre humo y gritos. De ahí pasan las opiniones a las redacciones de los periódicos, y estos las inyectan en el cerebro de todos. La influencia de las tertulias es inmensa. Por eso conviene escuchar a los que llevan la batuta allí, porque es lo que luego aparece en los diarios.

Ese eran el tipo de cosas que se hablaban, en aquella época, en casa de mis bisabuelos.

**Lunes, 14 de octubre de 1935**

**Más conversaciones: Josep Pla y Julio Camba**

---

—Lo que más me admira, cada vez que nos encontramos, señor Pla, es que, además de estar casado con la mujer más exótica de esta ciudad, siempre tiene usted un sinfín de noticias admirables e interesantísimas que contarme. Lástima que sea yo humorista y no me sirvan cosas tan serias. ¡Qué pena de República!, ¿se da usted cuenta? ¡Con la satisfacción que produjo su advenimiento! Y yo, que estaba convencido de que me concederían una embajadilla en alguna parte. Tengo méritos suficientes, hablo idiomas, y encima fui anarquista antes que nadie. ¿No le he contado nunca que yo también puse bombas cuando era joven? Pensé que Alejandro Lerroux me lo tendría en cuenta, y ya ve... ¿No piensa que el señor Lerroux tendría que haber considerado estos antecedentes tan honrosos míos?

—Cada vez que hablamos, señor Camba, nunca sé yo si bromea o si habla en serio. No sé si se debe a que no estoy familiarizado con su carácter gallego. Es tan diferente del castellano...

—Y a mí me entusiasma constatar que su exquisita castellanofobia sigue viva. No hay dos como usted en esta ciudad,

señor Pla. Tiene usted, permítame que se lo diga, y puede considerarlo un cumplido viniendo de quien viene, una falta de humor considerable. Pero dejémonos de piropos y explíqueme de una vez las ramificaciones tan extraordinarias de ese escándalo del que parece usted tan al tanto. Beba, por favor, que me hace usted sentir un alcohólico a su lado. ¡Camarero!, otro vermú para el señor Pla.

—Pues es un juego de ruleta cuyo nombre le viene de que se llaman Strauss y Perle sus inventores, y Lowann la mujer del primero. Aquello dio el acrónimo Stra-Per-Lo, que se castellanizó como estraperlo para bautizar al ingenio en los casinos...

—¡Qué estupenda imaginación, señor Pla! ¿No le parece a usted que hace falta fantasía en la vida? La vida es tremendamente sosa si no la adornamos un poco. Continúe, continúe.

—Esta ruleta la presentaron como aparato que, a base de cálculo, fijándose en las casillas, podía ganar el jugador. Y seguramente así era, solo que el casino contaba con un recurso añadido: una suerte de pedal que permite parar la bola cuando se desea... Un fraude. Y como tal se prohibió en toda Europa. Salvo aquí, donde gracias a unas gestiones que hizo el señor Strauss cerca de señores influyentes del Gobierno...

—El viejo favoritismo ibérico.

—... consiguió que se permitiera su uso en el casino de San Sebastián y también en Mallorca, donde anda por cierto Franco como gobernador...

—Raro parece, porque el general Franco, paisano mío, no tiene temperamento de jugador. De Queipo de Llano no me extrañaría. Pero Paquito Franco... Siempre hay que desconfiar de quien lleve uniforme, señor Pla. El hombre con uniforme pretende impresionarnos para hacernos obedecer, y sé lo que me digo. Por algo fui anarquista de joven.

—No parece que el general Franco tuviera nada que ver. Tengo entendido que pronto hará pública una carta donde aclara su postura y carga contra los infundios del «judío Strauss». Además, enseguida se prohibió el juego en el territorio español.

—Pues entonces hay algo que no entiendo. ¿Cuál es el escándalo?

—El escándalo, señor Camba, es que el señor Strauss se ha sentido defraudado, viendo que sus gestiones con la Generalitat y Madrid han fracasado y que las subvenciones a algunos cargos ministeriales subían más de lo esperado. El señor Strauss considera que ha invertido un dinero considerable, de lo cual aporta todo tipo de pruebas, y que las personas que cobraron no respondieron a sus demandas. Por ello ha intentado exigirles una cierta cantidad en compensación... En concreto, a don Alejandro Lerroux que, por vía de su sobrino, es uno de los personajes involucrados directamente.

—Lo que se dice un vulgar chantaje. *Chantage*, en francés. ¿En catalán?

—En catalán no se dicen esas cosas. Somos un pueblo muy fino.

—Ja, ja. Me encanta su socarronería, señor Pla. Siga, siga. Y beba.

—Es todo, señor Camba. Ante la negativa del señor Lerroux a abonar las ochenta y cinco mil pesetas que se le pide, el señor Strauss ha decidido enviar sus documentos nada más y nada menos que a la presidencia de la República. Y el asunto, que hasta ahora se quedaba en los pasillos del Congreso, está a punto de ser del dominio público. Ya ve que esta gente juega duro.

—Es lo mínimo que se puede decir, señor Pla. Lo mínimo que se puede decir.

Martes, 15 de octubre de 1935

El embajador norteamericano y el nuncio

---

Los terrenos de la embajada norteamericana, en el antiguo palacio del duque de Montellano, ocupaban toda la manzana. Sus espaciosos jardines, mirando hacia Castellana, estaban rodeados de una alta verja de hierro y tenían los árboles distribuidos de manera que se podía pasear entre ellos sin ser visto, y comer tranquilamente en la terraza. Hacia ella se encaminaban mister Claude Bowers y el nuncio de Su Santidad, el severo señor Tedeschi, aquel soleado martes que desdecía el otoño entrante.

—Me alegro de que le guste, Tedeschi. La reina Victoria amaba este jardín. Aquí residió Cánovas. Tengo entendido que el palacio es obra de un arquitecto francés. En un salón hay cuatro pinturas de Goya, que le mostraré ahora, y en otro unos Guardí. En las paredes del salón de baile, para mí sin equivalente en ninguna otra embajada, ya habrá visto el retrato de la duquesa de Alba pintado por Zuloaga. Al parecer, cuando México envió al presidente Díaz a Madrid, el rey, no pudiendo recibirlo en palacio por cuestiones políticas, escogió este palacete para una comida en su honor. Fue de sus preferidos.

Bowers era un gran aficionado al arte español y, sobre todo, al país. Nada más ser nombrado embajador había aprovechado para recorrérselo, y por supuesto se preocupaba de mantener relaciones cordiales con el máximo de personas del espectro ideológico más variado posible. Además de su cercanía al presidente de la República, conocía personalmente a Azaña, a Lerroux, y a las principales personalidades republicanas. Pero a la vez procuraba no descuidar a los conservadores y le interesaba ganarse a Tedeschi. Los dos coincidían paseando a última hora por la Casa de Campo —el nuncio siempre

de negro, libro en mano, seguido por su coche— y allí le había abordado. Ahora le precedía, subiendo las escaleras, hasta la amplia terraza de mármol. Al lado tenían un pabellón para tomar el té que ya esperaba, servido en una bandeja. Desde allí, la vegetación del jardín ocultaba las casitas que había en la finca, para la servidumbre, garaje, cocheras, y un establo de ladrillo con nueve caballos.

—Me alegro de que podamos hablar —dijo Bowers, cogiendo la tetera—. Me voy haciendo una composición del país, aunque todavía no tengo muy clara la postura de los católicos frente al hecho republicano. Supongo que no le importará iluminarme sobre la cuestión.

Tedeschi no tenía el menor problema. Dijo:

—Entre los católicos, los conservadores han seguido al cardenal Segura, quien desde que lanzó su ataque contra la República y fue expulsado, no cesa de denunciar los actos de vandalismo cometidos por el nuevo régimen contra centros religiosos. Desde entonces, muchos religiosos se sienten, cuando salen a la calle, obligados a vestir de paisano. Y luego está la línea accidentalista que marca Ángel Herrera en *El Debate*, una adaptación prudente a circunstancias adversas, la aceptación de que lo esencial es el contenido y la orientación del régimen, no la forma de gobierno.

—Es la idea que subyace en Acción Nacional y la CEDA —se interesó el embajador—. ¿Podría decirse, entonces, que la ideología de ese sector democristiano, digámoslo así, la marca Ángel Herrera, desde su periódico? ¿Y usted, dentro de ese posicionamiento, con quién simpatiza?

En realidad, Bowers sabía que cuando la República envió a su último embajador a Roma, el nuncio había comunicado a la Santa Sede que no se le dejara completar su misión porque en pocos meses la CEDA estaría en el poder. Aquello,

que trascendió en Madrid, no impidió sin embargo que, recientemente, al otorgarle el papa el capelo cardenalicio al nuncio, el presidente Alcalá-Zamora hubiese insistido en colocárselo personalmente en un acto ceremonial solemne, un privilegio tradicional de los reyes españoles.

—Yo —murmuró el nuncio, con suavidad— no me inmiscuyo en la política local...

—Y a Gil-Robles, ¿no lo definiría usted como fascista? —insistió el americano—. ¿No le parecieron excesivas todas esas proclamas de las Juventudes de su partido durante la masiva manifestación en El Escorial: todo para el jefe, el jefe nunca se equivoca? ¿No es un coqueteo descarado con el fascismo? ¿Le da usted credibilidad a lo que se viene murmurando, que él y Franco preparan, desde el Ministerio de la Guerra, un golpe de Estado?

La antipatía del embajador venía de que hacía poco don José María había citado al representante de la Paramount para censurar una película donde se daba una imagen difamatoria, a su entender, de España. Eso le ocasionó un pequeño quebradero de cabeza, entre llamadas de Washington y visitas del representante de la firma, muy molesto con la intransigencia de Gil-Robles. A todos les disgustaba su absoluta falta de sentido del humor.

—No me atrevería a ir tan lejos. Yo creo que ciertas manifestaciones no conviene tomarlas al pie de la letra —respondió el nuncio, restándole importancia—. Son chiquilladas, cuestión de escenografía de la época, que lo quiere así. En el fondo, don José María es un católico tradicionalista... Como la mayoría de los españoles.

Miércoles, 16 de octubre de 1935

La Escuela de Arquitectura

---

—¡Próxima parada, calle de los Estudios!

Pepe Mañas saltó de la plataforma del tranvía y esperó a que este desapareciera, con su chirrido característico, calle arriba. A primera hora, la línea que subía desde Carabanchel iba cargada, y no fue el único en bajar. Mientras se alejaba la tablilla trasera con el nombre del destino, con el racimo de trabajadores que llevaba colgando, pensó en que él siempre había conocido Madrid con tranvías. Los cangrejos pasaban muy cerca de la casa donde nació, en Isabel la Católica. Los oía golpear los carriles en la cercana Gran Vía, mugir cuando cruzaban la plaza de España, rechinar en las curvas cerradas. Como los niños de entonces tenían pocas distracciones, los tranvías eran como juguetes grandes. Al cabo de los años, aún recordaba la ilusión que le producía viajar en uno recién puesto en servicio, o saber adónde iban aquellos en cuyas tablillas se leían nombres que no conocía. ¡Qué agradables, los viajes en las jardineras de la línea ocho a la Bombilla, o en los cómodos Charleroi del 41 a los pinares de Puerta de Hierro, o en las maquinillas eléctricas, desde Cuatro Caminos a Ventas!

—Tranvía con destino a la plaza Mayor. ¡Arrancamos!

Todavía pensativo, mi abuelo bajó por la calle de los Estudios. En los primeros números estaba la Escuela de Arquitectura y Junta Facultativa de Construcciones Civiles. Día tras día se tenía que presentar en aquel vetusto edificio de piedra en una de cuyas oficinas trabajaba como auxiliar administrativo. Había sacado la oposición, nada más terminar su carrera de Derecho, por independizarse económicamente, y durante un par de años fue destinado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes a Ciudad Real, donde había conocido a

Mercedes, la chica con quien se casaría en cuanto sacara las oposiciones a notario.

Entretanto, su vida era subir y bajar desde Carabanchel en tranvía, jornada de trabajo en la Junta, comida en cualquier tasca, si acaso una breve parada en la tertulia con algún compañero, y, si no, vuelta a casa, a tirarse las noches estudiando un árido temario. Cada pocos días llegaba el cartero con una misiva como la que había leído durante el viaje, que, encabezada con un «queridísimo Pepe», le resumía los avatares cotidianos de la muchacha que, con un poco de suerte, sería su compañera de por vida. La había recibido la víspera, pero le gustaba releerla una y otra vez a lo largo de los días siguientes, en lugares tranquilos.

El tranvía ya se alejaba.

Mañan se guardó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta, dio una calada al pitillo y se sumó a los compañeros que iban apareciendo. En la calle de los Estudios se juntaban cada día los funcionarios del Ministerio de Instrucción Pública que trabajaban en la Escuela y en la Junta. Entre ellos Basilio, un compañero de su edad, con quien solía comer al mediodía.

—Buenos días, Pepe.

—Buenos días, Basilio.

—Vamos al tajo. Hoy llegamos tarde. Te veo después.

Mañan sacó su reloj del bolsillo: llegaba cinco minutos tarde. Tiró el pitillo al suelo, lo pisoteó sobre el adoquín. Luego cruzó el umbral de la puerta. Mi abuelo era un funcionario más y un opositor, como tantos que proliferaban por la capital.



## Una carta de mi abuelo Pepe

---

*Madrid, jueves 17 de octubre de 1935*

*Mi querida Merche:*

*Me pides que te describa Madrid, y me cuesta trabajo. Me doy cuenta de que esta ciudad son muchas ciudades: por algo le dicen Los Madriles. ¿Cómo combinar en una misma estampa los cafés de la calle de Alcalá, Gran Vía, la universidad, Carabanchel o la verbena de la Paloma? Te podría decir, a ti que eres de Ciudad Real, que esto es un gran poblachón manchego, y remitirte a los cuadros de Goya o a Galdós, o a Baroja, que cada cual a su manera dan cierta idea de Madrid. Pero ninguno la abarca del todo.*

*Ahora, si bien es difícil levantar la mirada y abarcar la vida en esta gran colmena, no lo es tanto hablar del barrio de cada cual. Y yo, como te he dicho, aunque nací junto a la Gran Vía, he vivido desde los nueve años con mis padres en la calle General Ricardos, lo que es decir en el suroeste de la Villa, justito al otro lado del puente de Toledo.*

*He crecido en Carabanchel Bajo, pero en realidad la vida siempre la hice en la otra orilla del Manzanares. Mi colegio, el Instituto de San Isidro, estaba en la calle de Toledo. Toda mi infancia la he pasado cruzando el puente a pie, cuando no tenía dinero para el tranvía, y así la principal imagen que yo tengo es la de este puente de fábrica barroca y churrigueresca.*

*El puente ha sido el gran escenario de mi vida. Es el que atravesaba, de niño, para ir al colegio. El que cruzo ya de mayor día tras día en tranvía para llegar al edificio de la Escuela de Arquitectura, donde trabajo, y los domingos para subir al Rastro, mi único pasatiempo. Durante veinte años he visto casi a diario las estatuas de San Isidro labrador y Santa María de la Cabeza, uno apoyado en el brocal del pozo, la otra agarrando el cántaro, cada cual en su hornacina.*

*Ese puente y la panorámica que desde él se tiene sobre el Manzanares —el pobre Manzanares, del que tanto se ríen los poetas del Siglo de Oro— es una vista que no me cansa nunca, al amparo de un cielo alto y purísimo de media montaña que protege todo. Porque, que no te engañe nadie, lo que tiene Madrid de más hermoso es esa luz que hace que todo parezca mucho menos feo y mezquino.*

*Siempre me gustó mirar hacia el sur, más allá del matadero y los mercados al otro lado del río, y del campo de Comillas y la colonia San Antonio. Luego busco a lo lejos el puente de la carretera de Andalucía, porque por esa carretera se llega a donde estás tú... Es un paisaje pobre, que reconozco como propio.*

*Hoy, por ejemplo, según te escribo —lo hago en el tranvía, porque el resto del tiempo libre lo utilizo para estudiar— al cruzar el puente, lo que veo es esa suerte de estadio que están construyendo en el campo de Comillas. Ahí hablará el domingo don Manuel Azaña, un mitin del que te daré noticias. Parece que, como el Gobierno no autoriza a utilizar la plaza de toros, los republicanos se han dedicado a allanar la campa y a construir esa estructura provisional en que están trabajando varios camiones y hasta una grúa...*

---



### III

## EL MITIN DE AZAÑA

**Viernes, 18 de octubre de 1935**

**La amenaza Azaña**

---

—¿Es seguro que lo piensa anunciar? —preguntó don José María Gil Robles, el líder de la CEDA.

En una situación normal, José María Gil-Robles habría estado gobernando como jefe del partido más votado. Pero se daba la circunstancia de que la mayoría de sus votantes eran monárquicos antirrepublicanos y habrían tomado como una traición su participación en el régimen. Eso lo llevó a conformarse de entrada con los gobiernos radicales de Lerroux, solución que durante un tiempo funcionó. Hasta que, por las inevitables divergencias, cada vez que surgía un tema peliagudo la oposición de la CEDA provocaba una crisis gubernamental. Y ello pese a la heroica tenacidad del viejo Lerroux.

Pero a medida que se amoldaba a las instituciones, Gil-Robles había terminado por reclamar su participación en el Gobierno. Su primera presencia en el banco azul, en octubre del 34, tuvo consecuencias nefastas. Desde sus escaños, los di-